



Virginia Woolf

La Marca En La
Pared

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA MARCA EN LA PARED

VIRGINA WOOLF

**PUBLICADO: 1917
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

LA MARCA EN LA PARED

Tal vez fue a mediados de enero del presente año cuando levanté la vista por primera vez y vi la marca en la pared. Para fijar una fecha es necesario recordar lo que uno vio. Así que ahora pienso en el fuego, en la constante película de luz amarilla sobre la página de mi libro, en los tres crisantemos en el arco redondo de cristal sobre la repisa de la chimenea. Sí, debía de ser invierno y acabábamos de tomar el té, porque recuerdo que estaba fumando un cigarrillo cuando levanté la vista y vi por primera vez la marca en la pared. Levanté la vista a través del humo de mi cigarrillo y mis ojos se posaron por un momento en las brasas ardientes, y me vino a la mente aquella vieja fantasía de la bandera carmesí ondeando desde la torre del castillo, y pensé en la cabalgata de caballeros rojos cabalgando por la ladera de la roca negra. Más bien para mi alivio, la visión de la marca interrumpió la fantasía, pues se trataba de una vieja fantasía, una fantasía automática, hecha tal vez de niño. Se trataba de una pequeña marca redonda, negra, sobre la pared blanca, a unos quince o veinte centímetros por encima de la repisa de la chimenea.

Con qué facilidad pululan nuestros pensamientos sobre un objeto nuevo, lo elevan un poco, como las hormigas llevan una brizna de paja tan febrilmente, y luego lo abandonan. . . . Si esa marca fue hecha por un clavo, no puede haber sido por un cuadro, debe haber sido por una miniatura, la miniatura de una dama con rizos blancos empolvados, mejillas empolvadas y labios como claveles rojos. Un fraude, por supuesto, porque la gente que tenía esta casa antes que nosotros habría elegido cuadros de esa manera: un cuadro antiguo para una habitación antigua. Esa es la clase de gente que era,

gente muy interesante, y pienso en ellos tan a menudo, en lugares tan extraños, porque uno nunca los volverá a ver, nunca sabrá lo que pasó después. Querían dejar esta casa porque querían cambiar el estilo de sus muebles, según dijo él, y estaba a punto de decir que, en su opinión, el arte debería tener ideas detrás cuando nos separamos, como uno se separa de la anciana que está a punto de servir el té y del joven que está a punto de golpear la pelota de tenis en el jardín trasero de la villa suburbana cuando uno pasa corriendo en el tren.

Pero en cuanto a esa marca, no estoy seguro; no creo que haya sido hecha por un clavo, después de todo; es demasiado grande, demasiado redonda, para eso. Podría levantarme, pero si me levantara y la mirara, diez contra uno no podría asegurarlo; porque una vez que una cosa está hecha, nadie sabe nunca cómo sucedió. ¡Oh! querido, el misterio de la vida; ¡La inexactitud del pensamiento! ¡La ignorancia de la humanidad! Para mostrar lo poco que controlamos nuestras posesiones, lo accidental que es vivir después de toda nuestra civilización, permítanme contarles algunas de las cosas que se pierden en una vida, empezando, porque ésa parece ser siempre la más misteriosa de las pérdidas: ¿qué gato roería, qué rata mordisquearía, tres botes azul pálido de herramientas de encuadernación? Luego estaban las jaulas de los pájaros, los aros de hierro, los patines de acero, la carbonera de la reina Ana, el tablero de bagatelas, el órgano de mano... todo había desaparecido, y también las joyas. Ópalos y esmeraldas, yacen sobre las raíces de los nabos. ¡Qué asunto de raspado es, sin duda! La maravilla es que tengo algo de ropa sobre mi espalda, que estoy sentado rodeado de muebles sólidos en este momento. Vaya, si uno quiere comparar la vida con algo, debe compararla con ser lanzado por el tubo a ochenta kilómetros por hora, ¡y aterrizar al otro lado sin una sola horquilla en el pelo! Salir disparado a los pies de Dios completamente desnudo. Caer de cabeza en los prados de asfódelos como paquetes de papel de estraza arrojados por un brote en la oficina de correos. Con el pelo volando hacia atrás como la cola de un caballo de carreras. Sí, eso parece expresar la rapidez de la vida, el perpetuo desperdicio y reparación; todo tan casual, todo tan al azar. . .

Pero después de la vida. La lenta caída de los gruesos tallos verdes para que el cáliz de la flor, al girar, lo inunde a uno de luz púrpura y roja. Después de todo, ¿por qué no nacer allí como se nace aquí, indefenso, mudo, incapaz de enfocar la vista, tanteando las raíces de la hierba, los dedos de

los pies de los Gigantes? En cuanto a decir qué son los árboles, y qué son los hombres y las mujeres, o si existen tales cosas, uno no estará en condiciones de hacerlo hasta dentro de cincuenta años más o menos. No habrá más que espacios claros y oscuros, entrecruzados por gruesos tallos, y más arriba, quizá, manchas rosadas de un color indistinto -rosas y azules tenues- que, con el tiempo, se irán definiendo, convirtiéndose en no sé qué... . .

Y sin embargo, esa marca en la pared no es un agujero en absoluto. Incluso puede deberse a alguna sustancia negra y redonda, como una pequeña hoja de rosa, que haya quedado del verano, y yo, que no soy un ama de casa muy vigilante, miro el polvo de la repisa de la chimenea, por ejemplo, el polvo que, según dicen, enterró Troya tres veces, sólo fragmentos de vasijas que se niegan rotundamente a la aniquilación, como se puede creer.

El árbol de fuera de la ventana golpea muy suavemente el cristal. . . Quiero pensar en silencio, con calma, con amplitud, que nunca me interrumpan, no tener que levantarme de la silla, deslizarme fácilmente de una cosa a otra, sin ninguna sensación de hostilidad, ni obstáculo. Quiero hundirme más y más, lejos de la superficie, con sus duros hechos separados. Para estabilizarme, déjame agarrarme a la primera idea que pase. . . Shakespeare. . . . Bueno, lo hará tan bien como otro. Un hombre que se sentó sólidamente en un sillón, y miró al fuego, así— Una lluvia de ideas cayó perpetuamente desde algún cielo muy alto a través de su mente. Apoyó la frente en la mano, y la gente, mirando a través de la puerta abierta -pues se supone que esta escena tiene lugar en una tarde de verano- ¡Pero qué aburrida es esta ficción histórica! No me interesa en absoluto. Desearía poder dar con un pensamiento agradable, un pensamiento que indirectamente reflejara crédito hacia mí mismo, porque esos son los pensamientos más agradables, y muy frecuentes incluso en las mentes de las modestas personas de color de ratón, que creen sinceramente que no les gusta oír sus propios elogios. No son pensamientos que alaben directamente a uno mismo; ésa es su belleza; son pensamientos como éste:

"Y entonces entré en la habitación. Estaban hablando de botánica. Dije que había visto crecer una flor en un montón de polvo en el solar de una vieja casa de Kingsway. La semilla, dije, debía de haber sido sembrada en el reinado de Carlos I. ¿Qué flores crecían durante el reinado de Carlos I? pregunté (pero no recuerdo la respuesta). Flores altas con borlas púrpuras, tal vez. Y así sucesivamente. Todo el tiempo estoy vistiendo la figura de mí

mismo en mi propia mente, amorosamente, sigilosamente, sin adorarla abiertamente, porque si lo hiciera, me descubriría a mí mismo, y extendería mi mano de inmediato por un libro en autoprotección. En efecto, es curioso cómo uno protege instintivamente la imagen de sí mismo de la idolatría o de cualquier otra manipulación que pudiera hacerla ridícula, o demasiado diferente del original como para seguir creyendo en ella. ¿O no es tan curioso después de todo? Es una cuestión de gran importancia. Supongamos que el espejo se rompe, que la imagen desaparece y que la romántica figura con el verde de las profundidades del bosque que la rodea ya no está allí, sino sólo esa cáscara de una persona que es vista por otras personas: ¿en qué mundo sin aire, superficial, calvo y prominente se convierte! Un mundo en el que no se puede vivir. Cuando nos miramos en los omnibuses y en los trenes subterráneos, nos miramos en el espejo; eso explica la vaguedad, el brillo vidrioso de nuestros ojos. Y los novelistas en el futuro se darán cuenta cada vez más de la importancia de estos reflejos, porque por supuesto no hay un reflejo sino un número casi infinito; esas son las profundidades que explorarán, esos los fantasmas que perseguirán, dejando la descripción de la realidad cada vez más fuera de sus historias, dando por sentado un conocimiento de la misma, como hicieron los griegos y quizás Shakespeare, pero estas generalizaciones carecen de valor. El sonido militar de la palabra es suficiente. Recuerda a los artículos principales, a los ministros del gabinete, a toda una clase de cosas que, de niño, uno creía que eran la cosa en sí, la cosa estándar, la cosa real, de la que uno no podía apartarse salvo a riesgo de una condenación sin nombre. Las generalizaciones nos traen de algún modo a la memoria los domingos en Londres, los paseos de los domingos por la tarde, los almuerzos de los domingos, y también las formas de hablar de los muertos, la ropa y las costumbres, como la costumbre de sentarse todos juntos en una habitación hasta cierta hora, aunque a nadie le gustaba. Había reglas para todo. En aquella época, los manteles debían ser de tapicería con pequeños compartimentos amarillos, como los que se ven en las fotografías de las alfombras de los pasillos de los palacios reales. Los manteles de otro tipo no eran manteles de verdad. Qué chocante y, sin embargo, qué maravilloso fue descubrir que estas cosas reales, los almuerzos dominicales, los paseos dominicales, las casas de campo y los manteles no eran del todo reales, eran de hecho medio fantasmas, y la condenación que visitaba al incrédulo en ellos era sólo una sensación de libertad ilegítima. ¿Qué ocupa ahora el lugar de esas cosas, me pregunto, esas cosas reales estándar?

Los hombres tal vez, si eres una mujer; el punto de vista masculino que gobierna nuestras vidas, que marca la pauta, que establece la Tabla de Precedencia de Whitaker, que se ha convertido, supongo, desde la guerra en medio fantasma para muchos hombres y mujeres, que pronto, cabe esperar, será arrojado al cubo de la basura donde van a parar los fantasmas, los aparadores de caoba y los grabados de Landseer, Dioses y Demonios, el Infierno y demás, dejándonos a todos con una embriagadora sensación de libertad ilegítima -si es que la libertad existe...- . . .

Bajo ciertas luces, esa marca en la pared parece en realidad proyectarse desde la pared. Tampoco es totalmente circular. No puedo estar seguro, pero parece proyectar una sombra perceptible, sugiriendo que si pasara mi dedo por esa franja de la pared, en cierto punto subiría y bajaría por un pequeño túmulo, un túmulo liso como esos túmulos de South Downs que, según dicen, son tumbas o campamentos. De los dos preferiría que fueran tumbas, deseoso de melancolía como la mayoría de los ingleses, y encontrando natural al final de una caminata pensar en los huesos extendidos bajo el césped. . . Debe haber algún libro sobre ello. Algún anticuario debe haber desenterrado esos huesos y haberles dado un nombre. . . ¿Qué clase de hombre es un anticuario, me pregunto? Coroneles retirados en su mayor parte, me atrevería a decir, dirigiendo grupos de ancianos trabajadores a la cima, examinando terrones de tierra y piedra, y entablando correspondencia con el clero vecino, que, al abrirse a la hora del desayuno, les da una sensación de importancia, y la comparación de puntas de flecha requiere viajes campo a través a las ciudades del condado, una necesidad agradable tanto para ellos como para sus ancianas esposas, que desean hacer mermelada de ciruela o limpiar el estudio, y tienen todas las razones para mantener la gran cuestión del campamento o la tumba en perpetua suspensión, mientras que el propio coronel se siente agradablemente filosófico acumulando pruebas en ambos lados de la cuestión. Es cierto que finalmente se inclina a creer en el campamento; y, al oponérsele, escribe un panfleto que está a punto de leer en la reunión trimestral de la sociedad local, cuando un ataque de apoplejía lo abate, y sus últimos pensamientos conscientes no son sobre su mujer o su hijo, sino sobre el campamento y esa punta de flecha, que ahora está en la vitrina del museo local, junto con el pie de una asesina china, un puñado de clavos isabelinos, un gran número de pipas de arcilla de los Tudor, un trozo de cerámica romana y la copa de vino de la que bebió Nelson, demostrando no sé muy bien qué.

No, no, nada está probado, nada se sabe. Y si me levantara en este mismo momento y comprobara que la marca de la pared es en realidad -¿qué diríamos?- la cabeza de un clavo viejo y gigantesco, clavado hace doscientos años, que ahora, debido al paciente desgaste de muchas generaciones de criadas, ha asomado la cabeza por encima de la capa de pintura, y está contemplando por primera vez la vida moderna a la vista de una habitación de paredes blancas iluminada por el fuego, ¿qué ganaría yo?-¿Conocimiento? ¿Materia para nuevas especulaciones? Puedo pensar tanto sentado como de pie. ¿Y qué es el conocimiento? ¿Qué son nuestros sabios sino descendientes de brujas y ermitaños que se agazapaban en cuevas y bosques preparando hierbas, interrogando a ratones musaraña y escribiendo el lenguaje de las estrellas? Y cuanto menos los honramos a medida que disminuyen nuestras supersticiones y aumenta nuestro respeto por la belleza y la salud de la mente. . . Sí, uno podría imaginar un mundo muy agradable. Un mundo tranquilo, espacioso, con las flores tan rojas y azules en los campos abiertos. Un mundo sin profesores ni especialistas ni amas de llaves con perfiles de policías, un mundo que uno podría rebanar con el pensamiento como un pez rebana el agua con su aleta, rozando los tallos de los nenúfares, colgado suspendido sobre nidos de blancos huevos de mar. . . . ¡Qué tranquilo se está aquí abajo, enraizado en el centro del mundo y mirando hacia arriba a través de las aguas grises, con sus repentinos destellos de luz y sus reflejos, si no fuera por el Almanaque de Whitaker, si no fuera por la Tabla de Precedencia!

Debo levantarme de un salto y ver por mí mismo qué es realmente esa marca en la pared: ¿un clavo, una hoja de rosa, una grieta en la madera?

Aquí está la naturaleza una vez más en su viejo juego de auto-preservación. Esta línea de pensamiento, percibe ella, es una amenaza de mero derroche de energía, incluso un choque con la realidad, porque ¿quién será capaz de levantar un dedo contra la Tabla de Precedencia de Whitaker? Al Arzobispo de Canterbury le sigue el Lord Alto Canciller; al Lord Alto Canciller le sigue el Arzobispo de York. Todo el mundo sigue a alguien, tal es la filosofía de Whitaker; y lo importante es saber quién sigue a quién. Whitaker lo sabe, y deja que eso, según aconseja la Naturaleza, te consuele, en lugar de enfurecerte; y si no puedes consolarte, si debes romper esta hora de paz, piensa en la marca en la pared.

Comprendo el juego de la Naturaleza: incitar _ a la acción como forma de acabar con cualquier pensamiento que amenace con excitar o doler. De ahí, supongo, nuestro ligero desprecio por los hombres de acción, hombres, suponemos, que no piensan. Sin embargo, "no hay nada malo en poner fin a los pensamientos desagradables mirando una marca en la pared.

De hecho, ahora que he fijado mis ojos en ella, siento que he asido una tabla en el mar; siento una satisfactoria sensación de realidad que convierte a los dos Arzobispos y al Lord Alto Canciller en sombras de sombras. Aquí hay algo definido, algo real. Así, al despertar de un sueño de horror a medianoche, uno se apresura a encender la luz y se queda quieto, adorando la cómoda, adorando la solidez, adorando la realidad, adorando el mundo impersonal que es una prueba de alguna existencia distinta de la nuestra. Eso es de lo que uno quiere estar seguro. . . . Es agradable pensar en la madera. Viene de un árbol; y los árboles crecen, y no sabemos cómo crecen. Durante años y años crecen, sin prestarnos atención, en los prados, en los bosques y en las riberas de los ríos, cosas en las que a uno le gusta pensar. Las vacas agitan la cola bajo ellos en las tardes calurosas; pintan los ríos de un verde tal que, cuando una gallineta se sumerge, uno espera ver sus plumas verdes cuando vuelve a salir a la superficie. Me gusta pensar en los peces en equilibrio contra la corriente como banderas desplegadas; y en los escarabajos de agua levantando lentamente cúpulas de barro sobre el lecho del río. Me gusta pensar en el propio árbol: primero, la sensación de sequedad y proximidad de la madera; luego, el rechinar de la tormenta; después, el lento y delicioso rezumar de la savia. También me gusta pensar en él, en las noches de invierno, de pie en el campo vacío con todas las hojas cerradas, nada tierno expuesto a las balas de hierro de la luna, un mástil desnudo sobre una tierra que da tumbos, tumbos, toda la noche. El canto de los pájaros debe sonar muy fuerte y extraño en junio; y qué frío deben sentir los pies de los insectos sobre él, mientras avanzan laboriosamente por los pliegues de la corteza, o se asolean sobre el fino toldo verde de las hojas, y miran de frente con ojos rojos como diamantes. . . . Una a una, las fibras se quiebran bajo la inmensa presión fría de la tierra, luego llega la última tormenta y, al caer, las ramas más altas vuelven a clavarse profundamente en el suelo. Aun así, la vida no ha terminado; hay un millón de vidas pacientes y vigilantes todavía para un árbol, en todo el mundo, en los dormitorios, en los barcos, en las aceras, forrando las habitaciones, donde hombres y mujeres se sientan después del té, fumando cigarrillos. Está lleno de pensamientos pacíficos, pen-

samientos felices, este árbol. Me gustaría tomar cada uno por separado, pero algo se interpone en el camino. . . ¿Dónde estaba? ¿De qué se trata todo esto? ¿Un árbol? ¿Un río? ¿Los Downs? ¿El almanaque de Whitaker? ¿Los campos de asfódelos? No recuerdo nada. Todo se mueve, cae, resbala, desaparece. . . . Hay una vasta agitación de materia. Alguien está de pie sobre mí y dice...

"Voy a comprar un periódico."

"¿Sí?"

"Aunque no es bueno comprar periódicos. . . . Nunca pasa nada. Maldita sea esta guerra; ¡maldita sea esta guerra! . . . De todos modos, no veo por qué deberíamos tener un caracol en nuestra pared".

¡Ah, la marca en la pared! Era un caracol.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB